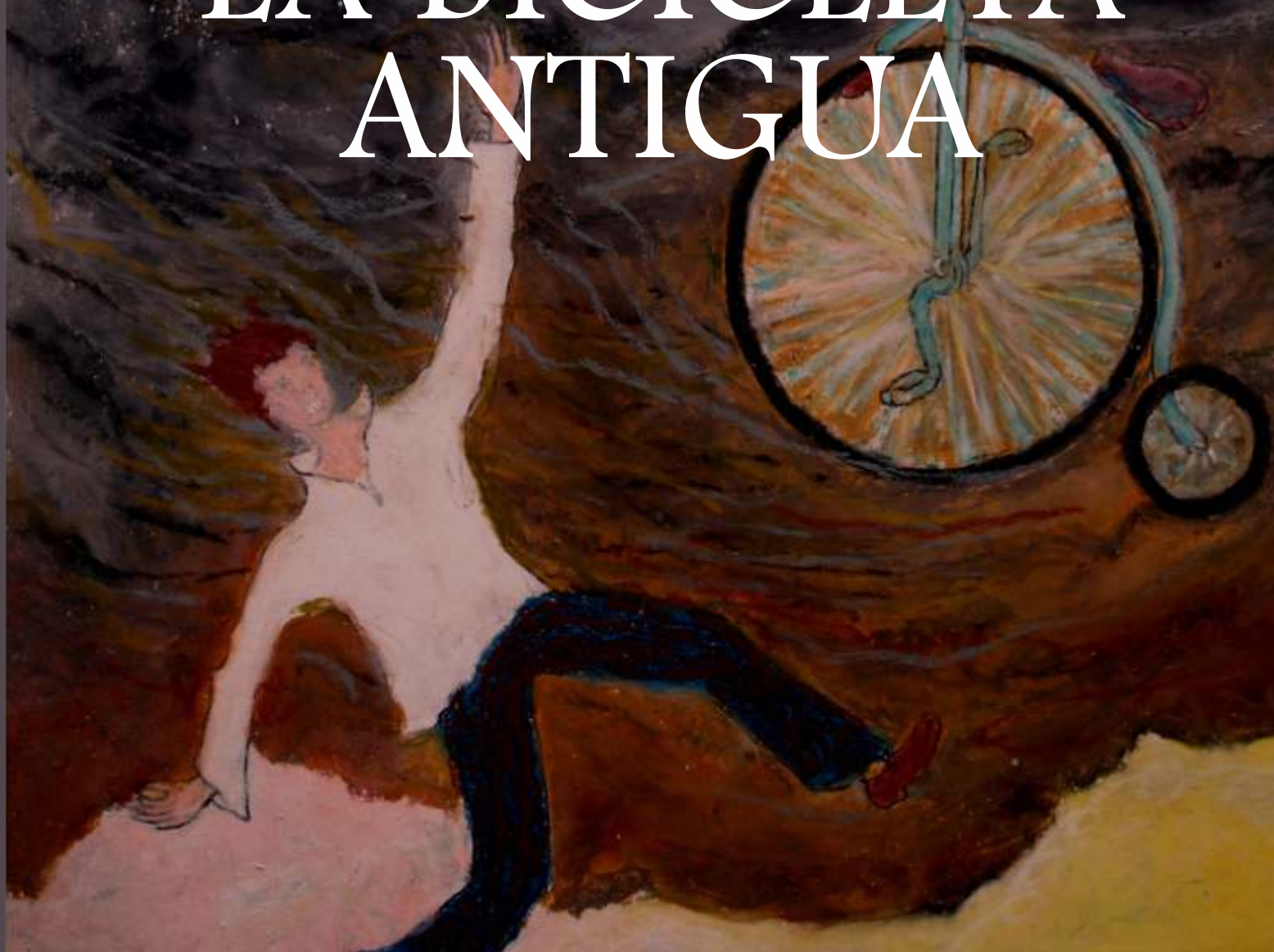


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

CINISCA Y LA BICICLETA ANTIGUA



Fernando Olavarría Gabler

109



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

CINISCA Y
LA BICICLETA
ANTIGUA

Fernando Olavarría Gabler

*R*egresaba a mi casa después de haber asistido a misa en la parroquia de mi barrio, cuando me llamó la atención algo brillante en el suelo, delante de mis pies. Era una pequeña moneda de un centavo, prácticamente sin valor adquisitivo alguno, pero relucía como nueva y me incliné para recogerla. Cuando la tenía en la palma de la mano algo sucedió que es casi imposible de describir. El mundo a mi alrededor cambió completamente. Todo se veía plateado. Los árboles, las casas, las calles y también las personas. Era una visión que deslumbraba, como una mañana de inmaculada pureza después de una tempestad de nieve. Era brillante debido a la luz que se reflejaba en cada objeto. Pero no estaba en mi barrio. Las casas eran diferentes. Había muchas columnas similares a las de los templos romanos o griegos. Tenía la sensación de estar dentro del Partenón. La gente que vi pasar cerca de mí iba desnuda pero completamente plateada, como si hubiesen sido sumergidas en un baño de cromo; incluso las pupilas no eran negras. Me di cuenta de que era imposible captar sus pensamientos ya que parecían estatuas metálicas vivientes. Una de estas estatuas se aproximó a mí, me sonrió y me habló en un idioma que desconocía. Entonces al percibir mi sorpresa y mi invalidez de comprensión, me envió sus pensamientos que comprendí con milagrosa claridad. Me preguntó quién era y a qué galaxia pertenecía, y yo le respondí, también con mi pensamiento, lo que me había sucedido al recoger la moneda, que

vivía en la ciudad de Viña del Mar, en un país llamado Chile, y era uno de los tantos que pertenecía a Sur América en el planeta Tierra, que formaba parte del Sistema Solar el cual estaba situado en la periferia de la galaxia denominada Vía Láctea.

-Tu planeta ha desaparecido hace mucho tiempo- me respondió. Por los datos que me has dado, tu persona pertenece a un período evolutivo de varios millares de años atrás. Entonces me atreví a preguntarle en qué mundo me encontraba, donde los seres animados y los objetos parecían estar bañados o barnizados con una vistosa capa de plata. Y la persona me reveló que habían llegado a una etapa progresiva donde habían solucionado todo tipo de inconvenientes que pudieran obstaculizar su desarrollo existencial. Hemos llegado a tan alta perfección, en la cual eliminamos toda energía negativa que atentara contra nuestro cuerpo, pero desvalorizamos el concepto de alma, de vida, y la noción de Dios. Y en la cima de nuestra victoriosa y máxima perfección, nos dimos cuenta de que nuestro cuerpo se estaba desintegrando por la falta de la energía vital procedente del Creador. Ustedes la llamaban, hace miles de años atrás, Espíritu de Dios o Santo Espíritu. Desesperados de no poder encontrarlo y obtener un remedio para nuestros cuerpos, decidimos recubrirnos con un barniz plateado e incorruptible para así esconder nuestra descomposición del alma e, imitando a los insectos, llevamos un esqueleto externo que nos cubre por completo y esconde nuestra ausencia de amor y espiritualidad.

-Me llamó la atención que eres el único ser libre de este mal



generalizado y fue el motivo de acercarme a ti para preguntarte de dónde venías, porque eres muy extraño entre nosotros. No pasará mucho tiempo en que todos desapareceremos y quedarán solamente nuestras cubiertas plateadas, totalmente vacías por dentro, como los restos de los crustáceos o insectos.

Entonces le pregunté ¿Puedo hacer por ustedes? ¿Cómo puedo ayudarlos para que vuestros cuerpos no se desintegren?

-Es la pugna por la perfección- me respondió. Cuanto más te esfuerzas por ser perfecto, más caes a la desintegración y la muerte. Agradezco tus buenas intenciones, pero a nosotros nos faltó algo que no supimos valorar como tú lo haces. ¡Salva tu vida! ¿Ves ese edificio que sobresale de los otros por su magnificencia? Es un museo de Historia. Visítalo. Allí encontrarás algunas cosas de épocas remotas, tal vez algunas te serían conocidas. Una, es un vehículo que se utilizaba miles de años atrás y se denominaba bicicleta. Tú sabes usarla. Cógela y huye con ella. No provocarás alarma ni resistencia a tu comportamiento porque sabemos con certeza que el fin está muy próximo. Ya nada nos altera. Mucho menos la apropiación indebida de un objeto que no nos interesa en absoluto.

El mensaje había finalizado. La hermosa joven plateada quedó inmóvil, de pie frente a mí. Tuve la sensación de que ella estaba completamente vacía en el interior de su armazón.

Dirigí mis pasos hacia ese descomunal edificio y quedé maravillado al recorrer las inmensas salas donde estaban expuestas

todas las etapas de la evolución del Globo Terráqueo. Llegué al siglo XVIII y XIX donde estaban a la vista incontables carruajes. Había una sección “bicicletas” y entre los múltiples ejemplares exhibidos allí, encontré aquella que estaba estructurada con una gran rueda delantera con pedales, un manubrio y un arco proyectado hacia atrás en el cual había un asiento. El arco terminaba en su extremo posterior con una pequeña rueda cuyo diámetro era ostensiblemente menor en comparación con la rueda delantera con pedales. Me subí a ella y pedaleando traté de mantener el equilibrio. Percibí entonces que, como tenía experiencia en andar en bicicletas de mi época, no me era tan difícil manejar esta bicicleta antigua. Salí pedaleando a una aceptable velocidad fuera del museo y partí por un camino hacia lo desconocido. A medida que me desplazaba iba adquiriendo mayor destreza y llegó un momento en que no tenía dificultad alguna. En mi recorrido iba viendo que el paisaje cambiaba de aspecto ya que las imágenes plateadas iban desapareciendo paulatinamente y todo se transformaba en un paraje desértico casi sin vegetación.

El sendero por donde iba no era del todo horizontal porque atravesaba unos suaves lomajes. Me costaba pedalear de subida pero en las bajadas el esfuerzo se cambiaba por una placentera y espontánea aceleración. Muy pronto me di cuenta de que la rapidez que adquiría la bicicleta en las bajadas era cada vez más acentuada y disminuía muy poco su velocidad al subir las lomas. Con angustia percibí que la velocidad de la bicicleta no estaba siendo propor-

cionada por mi pedalear sino ella había tomado la iniciativa de llevar su propio ritmo y era cada vez mayor, hasta tal punto que tuve que abrir las piernas y separar mis zapatos porque era imposible seguir el movimiento vertiginoso de los pedales.

La bicicleta corría cada vez más rápido y yo sentía un viento en mis espaldas que me empujaba hacia adelante con una enorme fuerza. Llegó un momento en que me elevé por los aires en medio de un viento huracanado y un cielo cubierto con negras nubes. La bicicleta se desprendió de mis manos y empezó a volar cerca de mí. Al parecer girábamos en un gran círculo y súbitamente me di cuenta de que estaba en el interior de un formidable tornado. Innumerables objetos volaban alrededor y era grande el temor que me embargaba. Di un grito y no supe más de mí.

...

Desperté en el fondo de un barranco.

Estaba tendido en la arena y ésta me había dañado los ojos y estaba casi ciego. Moví los brazos y empecé con gran miedo a palparme el cuerpo. Comprobé que no había fractura de huesos ni ninguna herida grave, sin embargo no podía ponerme de pie ¡tan machucado estaba! Poco a poco fui recuperando la visión ya que un intenso lagrimeo me sacó gran parte de la arena que impedía la visión. Me levanté trabajosamente y caminé dando tumbos por el fondo del barranco hasta llegar a una explanada donde había un



compacto grupo de hombres. Al acercarme a ellos me di cuenta de que estaban todos ciegos y también mudos porque les habían cortado la lengua. Les pregunté dónde me hallaba pero sólo atinaron a palparme y a emitir sonidos guturales. Permanecían en una actitud calmada, sentados en el suelo y cabizbajos.

Pasé con ellos la noche y a la mañana siguiente llegaron unos guardias y los encadenaron poniéndoles brazaletes de hierro en las muñecas. Me di cuenta de improvisado que eran estos guardianes los que los habían dejado ciegos y mudos por algún motivo. Entonces fingí ser ciego y sin habla para así salvar mi vida. Me encadenaron también pero no se dieron cuenta de que veía. Fuimos arreados a un lugar donde había un pozo de agua. Ésta era extraída mediante los prisioneros que marchaban encadenados empujando unos postes horizontales que giraban alrededor de un eje. Recordé entonces que era práctica de los hititas de cegar a los prisioneros de guerra y hacerlos caminar en círculo, como bestias, para extraer agua de los pozos. Uno de los cautivos había caído desfallecido y era arrastrado de las manos por la viga que hacían girar sus compañeros. Un guardia ordenó la detención de la rotación del molino, con su espada de hierro cercenó los antebrazos del difunto y abriendo los brazaletes me encadenó a mí. Entonces me di cuenta de que, como prisionero de guerra y esclavo, mi destino era empujar la barra horizontal del pozo ¡hasta el final de mi existencia...!

Así pasaron los días en forma agobiante. En la noche nos sacaban del molino y nos llevaban al final de la quebrada donde nos

daban un jarro de agua y un pedazo de pan.

Mis ojos iban sanando de las heridas provocadas por la arena y temí que de un momento a otro descubrieran mi falsa cegera. Por fortuna para mí, constaté que el prisionero que yo había reemplazado, tenía las manos y las muñecas bastante grandes y en la noche, forcejeando con maña, podía liberarme de las abrazaderas. Esperé una noche propicia, sin luna, para intentar la fuga y cuando el centinela dormía, me libré de las cadenas y me alejé corriendo de ese maldito lugar.

Era ya mediodía y seguía corriendo. Un sol abrasador me quemaba por fuera y por dentro. La sed, el cansancio extremo y el calor me vencieron y caí de bruces en la vera del camino, totalmente agotado, dispuesto a morir para eliminar de una vez por todas tanto sufrimiento.

Por el sendero venía un hombre montado en un burro y al pasar junto a mí, se detuvo y se quedó pensativo unos instantes. Después se desmontó y acercándose a donde yo estaba constató que aún vivía, y sacando una botija de agua que colgaba de la montura me dio de beber. Luego, con gran fuerza me puso a horcadas sobre el lomo del asno y él continuó su caminar a pié guiando al animal por las riendas. Así anduvimos un buen rato y yo, repuesto por el agua que me había dado y el descanso arriba del animal, me apeé y le agradecí balbuceante toda la caridad que había demostrado hacia mí. Me sonrió y respondió en un idioma que me pareció griego.

Poco a poco mis fuerzas se recuperaron y le rogué que montara

nuevamente el asno y yo lo acompañaría a pie, pero se negó enérgicamente y tuve que obedecer, montado en el asno durante largas horas. A lo lejos se divisaba el mar y en la costa se avistaba una ciudad. Unas naves estaban ancladas en el puerto, pero no tenían el aspecto de yates, ni veleros, ni carabelas. Eran embarcaciones de aspecto arcaico, similares a las naves fenicias o griegas.

-¿Cómo se llama esa ciudad? Pregunté indicando con la mano.

-Sidón - me respondió sonriendo.

Bajamos a la ciudad por el sendero. A medida que me aproximaba a ella percibía con sorpresa que se trataba de una ciudad antigua, quizás varios siglos antes de la llegada de N.S. Jesucristo. Llegué a esa conclusión al observar la fachada de los edificios, las vestimentas de las personas que transitaban por las callejas y porque no vi ninguna cruz cristiana ni tampoco una luna islámica. Las naves que estaban en el fondeadero mostraban las características propias de los barcos fenicios, griegos y cretenses. También divisé uno egipcio. Este último era descomunal, con una eslora de aproximadamente cuarenta metros. En la popa llevaba los típicos dos timones con aspecto de remos. Estaban descargando trigo. Los tripulantes, más morenos que el resto, vestían solamente un taparrabo o falda de lino. Ellos no participaban en las faenas de descarga sino que observaban impávidos lo que sucedía a su alrededor.

Llegamos a una casa situada en las cercanías del puerto y mi compañero de viaje me invitó a entrar. Allí vivía su amo, un comerciante con muy buena posición económica. Al ser presentado

por mi compañero, él era siervo del dueño de casa, ambos hablaron griego y deduje que el amo era de esa nacionalidad. Con cortesía me invitó a pasar a los patios de atrás y le ordenó a unas mujeres que nos sirvieran alimentos y refrescos.

En esa casa pasé varios días disfrutando de la hospitalidad de sus habitantes. Me hacían preguntas y yo apenas comprendía porque, a pesar de haber aprendido griego y latín en cursos extrauniversitarios, mi habilidad por darme a entender era muy precaria, pero algo entendía. Era una situación similar a la de una persona que sólo sabe español y le hablan en portugués o italiano.

Me convertí en un siervo más del señor de la casa y me pusieron a trabajar en el aseo de las habitaciones, en servir la comida y en acarrear ánforas que contenían vino, aceite y trigo, desde una bodega donde se almacenaban, hacia unos carros que aguardaban afuera en la calle para ser cargados y trasladar la mercadería al embarcadero. Los carros tenían un fondo con agujeros donde yo ensartaba las ánforas cuyos extremos inferiores terminaban en punta.

Entre las diversas labores domésticas a las cuales estaba encomendado, una de ellas era la manutención y encendido de las lámparas de aceite distribuidas en todas las habitaciones. La que hacía esa labor antes de mi llegada, era una joven, griega también, de nombre Cinisca. Mientras limpiábamos las lámparas y las llenábamos de aceite conversábamos de variados temas. Poco a poco mi práctica del griego antiguo fue progresando. El entendimiento y la

habilidad para expresarme al cabo de algunas semanas de conversación fueron bastante satisfactorios.

Le pregunté si conocía a Jesucristo y ella me respondió negativamente. Le expliqué a grandes rasgos cuál era su religión y Cinisca, con los ojos bien abiertos me escuchaba asombrada. Después de una pausa me dijo que parecía comprender todo lo que le había dicho porque conocía un templo relacionado con el dios que le había hablado. Decidimos visitar el templo al día siguiente. También me interesó visitar otros templos que había divisado cuando arribé a la ciudad.

Partimos una mañana a comprar comestibles y después de adquirir los alimentos me invitó a visitar el templo de mi dios. Cuando caminábamos después de haber hecho las ofrendas a los templos de Zeus y Minerva y haberme extasiado con la belleza de las estatuas, le pregunté a Cinisca cuál era la estatua griega de mármol que consideraba más perfecta. Ella sin detener su paso me respondió que la más perfecta era un bloque de mármol más puro sin esculpir. Asombrado por esta respuesta y al observar de soslayo mi mudez, continuó: Ese bloque de granito tiene la capacidad de poseer todas las estatuas más bellas y perfectas del mundo, antes de ser esculpidas en él por el escultor más excelso, el mejor de todos, y es por esa capacidad potencial que tiene ese bloque, considero que es la obra escultórica más perfecta por su potencialidad infinita.

Me quedé callado y pensativo. Después de una pausa le pregunté si ese razonamiento era suyo y ella me contestó riendo que

lo había recibido de un condiscípulo suyo llegado del Oriente.

-Un chino-, me contestó.

Caminamos por estrechas calles hasta los arrabales de la ciudad. Nos detuvimos ante un pequeño templo con las típicas características arquitectónicas helénicas. Solamente tenía una entrada en su frontis. Me tomó de la mano y entramos. Había una sola sala. En el centro de ella un incensario ardía lentamente y su humo perfumaba todo el ambiente. Ninguna imagen decoraba las paredes y no existía estatua alguna que representara al dios. En ese silencio sobrecogedor Cinisca lo quebró diciéndome al oído con voz cuchicheada: Este es el templo donde se adora al dios desconocido...

Quedé perplejo. ¿Quién era ese dios? ¿Qué significaba? ¿Era una inspiración profética? ¿O una profecía?

Nos retiramos lenta y respetuosamente y volvimos a la luz de la calle. No tuvimos la posibilidad de visitar otros templos y dejamos para otra ocasión ir al templo egipcio donde se adoraba a la diosa Hator.

Esa noche, mientras encendíamos las lámparas, Cinisca me preguntó: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Acaso eres un dios?

-Nada de eso- le respondí. Te diré la verdad. Vengo de una civilización que está adelantada 2300 años en el tiempo en que estamos aquí. Te diré algo más, antes de llegar a este mundo, me adelanté en el tiempo varios miles de años y conocí gente extraña que se había cubierto el cuerpo con metal para ocultar la corrupción

que había en su interior.

- Todo lo que me cuentas es muy extraño- me respondió.

- En tu mundo ¿también hay esclavos?

-No.

-¿Son todos esclavos libertos?

-En mi mundo la esclavitud ha desaparecido pero hay otros males.

-¿Cuales son?

-Hay nuevas enfermedades, sobrepoblación de seres humanos, hambrunas, guerras, y drogas.

-¿Drogas? ¿Son medicamentos?

-No. Son sustancias venenosas que envilecen al hombre. Algunos las consumen porque no son capaces de soportar la realidad de la vida y los sufrimientos que esto implica. Como no pueden liberarse de ellos, éstas los inducen a robar y a cometer crímenes para poder tenerlas o también para ganar grandes sumas de dinero en su comercialización.

-A pesar de lo que me cuentas, me gustaría estar en tu mundo, y ser libre. ¿Podrías llevarme contigo?

-¿Por qué me dices eso? ¿Crees que algún día volveré a mi mundo?

-Tengo la intuición que sí- respondió Cinisca.

-A mí me interesa saber el origen de tu nombre que me parece no ser convencional para una sierva.

Cinisca sonrió, y después de una pausa me dijo que ella era

descendiente de espartanos. Lamentablemente, cuando mis padres viajaban a Sidón, y estábamos en las cercanías de la costa, sobrevino una fiera tormenta y la nave naufragó en los roquedales. Yo tenía doce años y al parecer fui la única sobreviviente. Me encontraron agónica en la playa, me recogieron, me ayudaron a sobrevivir y después me vendieron como esclava.

Mis padres me habían dado ese nombre para rememorar a la famosa Cinisca, princesa espartana, hija de los reyes de Esparta. Ella fue la primera mujer que ganó los juegos olímpicos en las carreras de carros de cuatro caballos.

-¿En las cuadrigas?

-Así es.

-Si tú vas a Olimpia, en el santuario encontrarás una inscripción que dice:

“Reyes de Esparta son mis padres y hermanos.

Cinisca, vencedora con un carro de veloces corceles.

Erijo esta estatua y me declaro como la única mujer de toda Grecia que ha ganado esta corona.”

¡Maravilloso!- pensé-. La princesa espartana fue excepcional, y la sirvienta Cinisca es excepcional por su belleza e inteligencia. ¿Están ligadas a una misma herencia de genes? En el transcurso de cien años el tiempo puede cambiar el destino de los humanos con extrema comodidad.

Esa noche me costó quedarme dormido. Echaba de menos a mi

mujer, a mis hijos, a mis parientes y amigos. Y también a mi perro. ¿Qué será de ellos? ¿Dónde están en el formidable misterio del tiempo y el Universo? La lógica me dice que no existen. Entonces ¿por qué estaba viviendo, yo, aquí en Sidón? Mi cerebro parecía estallar al analizar tantas emociones de incomprensible incongruencia, como el hallazgo de la moneda de un centavo y la llegada a ese mundo plateado de quizás qué época y qué lugar. La bicicleta antigua con su gran rueda, que creó un tornado, y mi arribo a una ciudad cuya existencia la ubicaba trescientos años antes de Cristo.

¡Absurdo!

¿Dónde estoy Dios mío?

¿Existen dimensiones de tiempo y espacios que cursan paralelos en un mundo de capacidades infinitas e incomprensibles?

Con todos esos angustiosos pensamientos apagué mi pequeña lámpara de arcilla y me quedé dormido, en la sala de los ciervos, tendido en el suelo sobre una esterilla de fibras de hojas de palmera...

Ese día en la mañana, cuando acompañaba a Cinisca en las compras de comestibles, pasamos cerca de una feria. Se anunciaba a viva voz las cualidades de la venta. Los compradores estaban reunidos formando un semicírculo frente a la mercancía. En un principio supuse que se trataba de un remate de animales, en otras palabras, de una feria, pero al aproximarme, por simple curiosidad para observar lo que se vendía, constaté con asombro que se vendían

seres humanos. Estaba frente a una venta de esclavos. En esos momentos estaban rematando a un atlético joven; éste permanecía encadenado en los tobillos para impedir su fuga. Uno de los interesados en la venta pidió que le mostraran la dentadura del pobre hombre, y el que exponía el ejemplar, separándole los labios con un palo demostró que su dentadura estaba en buen estado. El comprador pagó el dinero y el encadenado fue llevado fuera de la tarima donde había sido exhibido. Después subió una joven mujer y fue desnudada ante el público para que de esa manera exhibiera su belleza, su buena salud y sus cualidades femeninas. No soporté más esa degradante escena y me retiré cabizbajo del lugar. Le pregunté a Cinisca cuál era el futuro de esa gente que era vendida como animales y ella me respondió que dependía de la suerte de cada cual, respecto al carácter del amo que los había comprado. Si era bondadoso, como nuestro amo, el siervo disfrutaba de una vida gustosa conformándose con su destino. Incluso existía la posibilidad de ser liberado. Mas, al contrario, si el amo era cruel, tenía el derecho de actuar a su antojo y esto era lo más común. Si el amo cometía un delito, enviaba a uno de sus esclavos para que recibiera un castigo físico y así se libraba él de la pena. Si el esclavo se fugaba, la ley lo condenaba con la muerte...

No quise seguir escuchando y cambié de tema porque con gran horror me di cuenta de que estaba condenado a vivir para el resto de mi vida bajo el dominio de mi dueño, el cual me había acogido bondadosamente en su hogar, sin necesidad de pagar ningún precio

por mi persona.

En esos momentos caminábamos por una estrecha calleja cuyas casas daban directamente a ella. Llegamos a una puerta y Cinisca llamó golpeando con una aldaba. La puerta se abrió y una joven doncella nos saludó dejándonos entrar. Lo que vi fue un delicioso jardín primorosamente adornado y de una extensión bastante considerable. No alcanzaba a divisar sus muros divisorios debido al espeso follaje que me rodeaba. El perfume de las flores y su fuerte colorido era predominante. Podía oír a los pajarillos que cantaban en las ramas de los árboles. Nos sentamos en un banco de mármol y dejando en el césped mi carga de comestibles respiré hondamente. ¡Esto es maravilloso! -le expresé a Cinisca. ¿Dónde estamos?

-Estás en el jardín donde nos reunimos los discípulos del Maestro.

-¿Los discípulos? ¿De qué maestro? ¿Tú eres uno de ellos?

-Sí.

-¿Y cuál es ese maestro?

-Nuestro Maestro se llamaba Epicuro.

-¿Epicuro? Algo de su filosofía he conocido. Lo poco que sé es que él describió los átomos y sus ángulos. Tengo entendido que su razón de vivir la existencia consistía fundamentalmente en el placer que da la naturaleza a nuestros sentidos, en complacernos con la belleza de las cosas que nos rodean. Ahora me explico por qué estoy aquí sentado al lado tuyo disfrutando de la hermosura de este

fantástico jardín. Tu maestro escribió alrededor de trescientos tratados filosóficos sobre diferentes temas, éstos fueron destruidos y sólo quedaron tres para la posteridad.

-Te diré la verdad -dijo Cinisca. Mi Maestro fue mal interpretado y degradado por sus adversarios. Malversaron sus principios filosóficos llevándolos hacia el campo del placer de los sentidos vinculados con la inmoralidad. También chocaron con su planteamiento del ser humano ante la muerte. Es sabido que todo ser humano le teme a la muerte, especialmente no a la muerte en sí sino a la forma de morir. Es el momento cuando ésta se aproxima y te arrebata. Él decía que, antes de la vida, éramos nada. “La muerte es una quimera, porque cuando yo existo no existe la muerte, y cuando la muerte existe, no existo yo”.

-Entonces, le respondí, ¿no creen ustedes en la posibilidad de otra vida, o sea, un premio por el buen comportamiento que debemos tener aquí en la Tierra?

Cinisca calló. Su hermoso rostro se perfilaba con el fondo del jardín. Después de algunos instantes de silencio dijo:

-El premio o el castigo viene conforme a nuestra elección del placer, aquí donde nos movemos en la vida. Hay que escoger racionalmente el hedonismo. Hay que utilizar la razón para analizar serenamente el beneficio o el daño consecuentes de nuestros deseos o acciones. Es necesario elegir los placeres puros, como los placeres del alma.

-¿Cuáles son esos placeres puros? ¿Podrías darme un ejemplo?

Una conversación entre amigos es un buen ejemplo. Es en lo que estamos en estos momentos.

Se hacía tarde, nos pusimos de pie y nos dirigimos a la casa del amo.

Mientras cargaba los pesados bultos, me di cuenta de la asombrosa inteligencia y sapiencia de mi compañera. En esos instantes me vino a la mente la imagen del genio Esopo, el portentoso narrador de fábulas, que también era un esclavo, como Cinisca.

Mientras caminábamos entre la gente, sentí cansancio y le pedí a Cinisca que nos detuviéramos un momento para secarme el sudor de la frente. Entonces le pregunté si ella era feliz al ser una esclava, y me respondió: “El hombre que no se contenta con poco, no se contenta con nada. Si uno no considera lo que tiene, como la riqueza más grande, es desdichado, aunque sea dueño del mundo.”

Tomé los bultos y seguí caminando, pensando que tenía a mi lado “una riqueza muy grande” y era la portentosa inteligencia de esta mujer llamada Cinisca.

Otro día, mientras reposábamos silenciosamente en el banco del jardín, insistí en preguntarle qué si había aprendido algo de su maestro referente a los átomos, porque había leído que Epicuro se había referido a ellos.

Cinisca, sin girar su rostro hacia mí, dijo: Lo que aprendí de él es que “El Todo consiste en átomos y vacío, y es infinito. Los cuerpos o “sistemas” están constituidos por átomos, y como su

número es infinito y el espacio vacío, pensamos que existe la posibilidad de un número infinito de mundos parecidos al nuestro. El Maestro decía que el movimiento de los átomos en el vacío se debe a su peso y puede desviarse desde la línea recta de caída produciéndose choques entre ellos. Por lo tanto, los mundos, como el nuestro, pueden chocar y perecer y nacer, aunque El Todo es eterno e imperecedero...”

Quedé mudo y perplejo. Cinisca me estaba diciendo lo que se iba a descubrir miles de años después. Einstein iba a comprobar que la dirección recta de un haz de luz podía desviarse por la fuerza gravitacional de un astro. También esta mujer me había descrito la muerte y el nacimiento de las estrellas en el firmamento. ¡Asombroso!

Un atardecer, mientras encendíamos las lámparas de aceite, le pregunté por qué había elegido la corriente filosófica epicuriana, y ella me respondió con clara simpleza: Epicuro había sido el único filósofo que había aceptado a las mujeres y a los esclavos en sus enseñanzas. Era la única alternativa para ella.

Ese día habíamos visitado algunos templos y acompañé a Cinisca para depositar ofrendas a los dioses Apolo, Dionisio y Zeus. Me llamó la atención que las estatuas de mármol de los dioses, en el interior de los templos, estaban pintadas a la perfección. El color de sus rostros y miembros mostraban una coloración natural no exagerada. Comunicaban el aspecto de seres humanos vivos. Hasta daban la sensación que se movían y respiraban ¡tal era la maestría de

cómo habían sido pintadas! Deduje entonces que la noción que tenemos de las estatuas greco romanas es una visión que no corresponde al pasado de ellas, porque nos complacemos con el mármol desnudo y los ropajes totalmente desteñidos. Es una imagen blanca, sin vida alguna en cuanto a color se refiere, no así su forma perfecta que persiste a través del tiempo para que la admiremos y nos deleitemos con ella.

¿Tú crees en los dioses? – le pregunté. ¡Parecen estar vivos!

Y ella me respondió:

- ¿Dioses? Quizás existan. Tengo mis dudas. No sé. No tengo medios para saberlo. Pero tengo la convicción de que si existen, ellos no se preocupan de nosotros, pero sí nosotros de ellos, y los adoramos para satisfacer nuestras inquietudes y aminorar nuestros miedos, mas, no creo que ellos se ocupen de los humanos.

Entonces me di cuenta de que Cinisca había presentado ofrendas en los templos por una orden de su amo.

Una mañana, mientras reposábamos en el “jardín del Maestro”, Cinisca me dijo: Tengo que confesarte algunas cosas. Lo primero, que estoy esperando un hijo. El padre es Pisístrato, es el que te encontró en el camino, te montó en su burro y te trajo a nuestra casa. Nos amamos profundamente y estamos casados en secreto. No sé qué ocurrirá cuando nuestro amo sepa la verdad. La otra cosa que deseo preguntarte, ¿quién eres tú? Me has hablado frecuentemente del dios desconocido que adoran en el templo que visitamos días atrás. Me dices que lo conoces pero no lo has visto nunca. Y el

comportamiento en tu vida está basado en sus enseñanzas que recibiste dos mil años después, relatada de boca en boca por sus seguidores. Me has dicho que eres cristiano porque tu maestro se llamaba Jesucristo y que faltan trescientos años para que llegue aquí, a la Tierra. ¿Cómo sabes eso? ¿Acaso no eres humano? ¿Eres un héroe, un profeta o un dios? Me has explicado cosas que nadie me había dicho antes y he quedado perpleja meditando y me han asaltado dudas relacionadas con tu origen. ¿Acaso caíste del Olimpo y después de la formidable caída, Pisístrato te encontró malherido en el camino?

-No soy nada de lo que has pensado – repliqué. Soy un ser humano igual que tú, pero por circunstancias de la vida he llegado a un mundo que ha existido dos mil trescientos años anterior a mi mundo. ¿Cómo ha sucedido eso? Lo ignoro. Pero aquí estoy al lado tuyo en una evolución de la Tierra hacia atrás y una concepción imposible de razonar.

-Anoche soñé contigo, me dijo Cinisca. Yo no podía acompañarte en el sueño y tú ibas solo a las compras. Cuando comprabas carne de oveja para la cena, te daban el vuelto y te llamaba la atención una pequeña moneda que relucía entre las demás en la palma de tu mano. Mientras echabas las monedas a la alforja, la pequeña y brillante monedita caía al suelo y tú desaparecías.

Una vez más quedé mudo, sin hablar, al oír a Cinisca. ¿Por qué me decía esto? ¿Era una precognición?

A la mañana siguiente Cinisca cayó enferma. Tenía vómitos y diarrea y no pudo levantarse de su lecho. Fue atendida por su esposo que la cuidó con gran ternura. En cuanto a mí, tuve que salir de compras sin ella. Entonces lector, podrás adivinar lo que pasó. Cuando me dieron el vuelto vi en la palma de mi mano la moneda reluciente que se destacaba de las demás. Impresionado por el hallazgo y pensando en el sueño de Cinisca, me tembló la mano y la moneda cayó al suelo. Al recogerla del pavimento se oscureció el cielo. La mañana se había transformado en atardecer y me hallaba en la calle de mi barrio, a pocas cuadras de la iglesia donde había asistido a misa. Estaba tan emocionado que no podía hablar y las lágrimas corrían por mis mejillas.

¡Gracias Dios mío porque he regresado! –murmuré.

Caminé hacia mi casa y llegué frente a la puerta. Mi perro gemía y ladraba alborozado al reconocermelo y olfatearme a través de la puerta. Metí la llave y entré.

¡Estaba nuevamente en mi hogar! ¡Qué felicidad!

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegro Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airolga
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templ Curativo de Yi Sheng
- 122 El Soldado ruso
- 123 El Taco
- 124 El Vendedor Ambulante



 **creative
commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.